LIBRO XXIV.

ante la navegacion, Telémaco se hace explicar por Mentor muchas dificultades acerca de la manera de gobernar bien los pueblos, entre otras la de conocer á los hombres, para no emplear sino á los buenos, y no dejarse engañar de los malos. Cuando estan para terminar esta conversacion, la calma del mar los obliga á dar fondo en una isla adonde acababa de arribar Ulises. Allí le ve y habla Telémaco sin conocerle; pero al ver que se embarca, siente una turbacion interior cuya causa no puede concebir. Mentor se la esplica, le consuela, asegúrale que pronto se reunirá con su padre, y prueba su piedad y paciencia retardando su partida para ofrecer un sacrificio á Minerva. Por último la diosa, oculta bajo la figura de Mentor, recobra su forma y se da á conocer, hace ver á Telémaco sus últimas lecciones, y desaparece. Despues de lo cual Telémaco llega á Itaca, y encuentra á Ulises su padre en casa del fiel Eumeo.

Ya se hinchan las velas, levan las áncoras, y parece que la tierra huye. El piloto esperimentado divisa á lo léjos las montañas de Leucates[1], cuya cima se esconde en un torbellino de heladas escarchas, y los montes Acroceraunios[2], que todavía muestran al cielo una frente orgullosa, despues de haberlos confundido tantas veces el rayo.

Durante la navegacion, Telémaco decia á Mentor: Ahora creo entender las máximas de gobierno que me habeis esplicado. Al pronto me parecian como un sueño; pero poco á poco se van desenvolviendo en mi espíritu, y se me presentan con claridad: como todos los objetos parecen lóbregos y confusos por la mañana á los primeros resplandores del alba, y luego se perciben como si fueran saliendo de un caos, cuando la luz, que crece insensiblemente, los distingue y les restituye, por decirlo así, sus figuras y matices naturales. Persuádome en efecto de que el punto esencial del gobierno es el discernir la índole diferente de cada inge-

[1] Leucates es un promontorio del Epiro.

[2] Son los montes de la Quimera, de los cuales se ha hablado ya; tambien estan en el Epiro.

nio para elegir y aplicar á cada cual segun su capacidad; pero me queda que saber todavía como se puede conocer á los hombres.

A eso le respondió Mentor: Para conocer á los hombres, es menester estudiarlos, y para estudiarlos se necesita ver á muchos y tratar con ellos. Los reyes deben hablar con sus súbditos, hacer que ellos hablen, consultarlos, y ensayarlos en empleos subalternos de que les hagan darles cuenta, para ver si son aptos para mas altas funciones. ¿Cómo habeis aprendido en Itaca, mi querido Telémaco, á conocer los caballos? A fuerza de tenerlos y de notar sus defectos y perfecciones con las gentes esperimentadas. De la misma manera hablad á menudo de las prendas y faltas de los hombres con varones prudentes y virtuosos, que hayan estudiado mucho tiempo su carácter, y aprenderéis insensiblemente como son, y lo que es permitido esperar de ellos. ¿Qué es lo que os ha enseñado á conocer los buenos y los malos poetas? La frecuente lectura y la reflexion con personas que tenian gusto poético. ¿Qué es lo que os ha hecho adquirir el discernimiento de la música? La misma aplicacion á observar los buenos músicos. ¿Cómo se puede confiar en que se gobernará bien, cuando no se conoce á los hombres? ¿y cómo se ha de adquirir ese conocimiento, si nunca se vive con ellos? No es vivir con ellos verlos, verlos en público, porque así no se dicen mas que cosas indiferentes y preparadas con arte: se trata de verlos en particular, de sacar de su corazon los mas profundos pensamientos que en él guardan, de sondearlos por todas partes, y de penetrar bien en su interior para descubrir sus principios. Pero se necesita empezar sabiendo lo que el hombre debe ser, para llegar á juzgar con tino el corazon humano: es menester saber cual sea el verdadero mérito, para discernir al que le tiene del que no le tiene.

Háblase continuamente de virtud y de mérito, sin saber lo que precisamente es el mérito y la virtud. Para la mayor parte de los que se honran con hablar de ambas cosas á toda hora, no son sin embargo mas que dos bellos nombres, dos palabras sin sentido determinado. Son indispensables, para conocer á los que son sensatos y virtuosos, principios ciertos de justicia, de razon y de virtud. Se necesita saber cuales son las máximas de un gobierno bueno y sabio, para

conocer á los hombres que tienen esas máximas, y á los que de ellos se apartan con falsa sutileza. En una palabra, para medir muchos cuerpos, es menester una medida constante; para juzgar de los hombres, es menester del mismo modo la regla de los principios fijos á la cual se adapten todos nuestros juicios. Importa saber de cierto cual es el objeto de la vida humana, y el fin que se debe proponer el que gobierna á los hombres. Ese objecto único y esencial es no querer jamas la autoridad y la grandeza por el provecho propio; porque esa pretension ambiciosa solo llegaria á satisfacer un orgullo tiránico, y en las infinitas penas del gobierno, se debe sacrificar todo á que los hombres sean buenos y felices. De otro modo se va á tientas y al acaso toda la vida, como un bajel en alta mar, sin piloto que consulte las estrellas, y sin conocer las costas hácia donde hoce rumbo; no puede exitar el naufragio.

Muchas veces no saben los príncipes lo que han de buscar en los hombres, por no saber en que consiste la verdadera virtud. Esta tiene para ellos algo de áspera; les parece demasiado rígida é independiente; los espanta y enoja, y al fin se inclinan al lado de la adulacion. Desde que lo hacen, les es imposible hallar sinceridad ni virtud, y corren detras de una vana fantasma de mentida gloria que los vuelve indignos de la gloria verdadera. No tardan en acostumbrarse á creer que no hay en la tierra virtud, porque los buenos conocen á los malvados, pero los malvados no conocen á los buenos, y ni aun pueden creer que los haya. Semejantes príncipes no saben mas que desconfiar de todos por igual; se esconden, se encierran, recelan de las cosas mas leves, temen á los hombres, y se hacen temer de ellos. No atreviéndose á presentarse como son, huyen de la luz. Aunque no quieran ser conocidos, los conocen, porque la maligna curiosidad de sus súbditos lo penetra y adivina todo; miéntras ellos á nadie conocen. Las gentes interesadas que los rodean, se regocijan de verlos inaccesibles. Un rey inaccesible á los hombres, lo es tambien á la verdad: cuanto le pudiera abrir los ojos, se mancilla con infames calumnias y se aparta de él. Esa clase de reyes pasa la vida en una grandeza salvaje y feroz, y temiendo continuamente que los engañen, como los engañan siempre sin poderlo evitar y sin dejar de merecerlo. En cuanto no

se trata mas que con un reducido número de personas; se espone uno á contagiarse con sus pasiones y sus errores, dorque hasta los buenos tienen sus faltas y preocupaciones. Ademas así se abre la puerta á los chismosos, gente vil y de mala ralea, que se alimenta con veneno y emponzone las cosas mas inocentes, que aumenta las leves, que inventa el mal por no dejar de hacer daño, y que por su interes juega con la desconfianza y la indigna curiosidad de un príncipe débil y asombradizo.

Conoced pues, conoced á los hombres, ó mi querido Telémaco, examinadlos, hacedles hablar á unos de otros, esperimentadlos poco á poco, no os entregueis á ninguno Aprovechaos de vuestras esperiencias, cuando os halleis engañado en vuestros juicios; porque alguna vez habréis de engañaros, siendo los perversos demasiado profundos para no sorprender á los buenos con sus disfraces. Aprended así á no precipitar vuestros juicios, ni en bien ni en mal, acerca de nadie, pues de una y otra manera se corre peligro: vuestros mismos errores os deben servir de utilísima instruccion. Cuando encontreis talento y virtud en un hombre, utilizadle con toda confianza; porque las personas honradas quieren que se reconozca su rectitud, y prefieren la estimacion y la confianza á los mas ricos tesoros. Pero no le echeis á perder dándole un poder sin límites: que hay quien habria sido siempre virtuoso, y no lo es ya, porque su señor le ha dado demasiada autoridad y demasiadas riquezas. Cualquiera que tenga la dicha de que los dioses le amen tanto que se dignen dejarle encontrar en su reino dos ó tres amigos verdaderos de sabiduría y constante bondad, pronto encontrará por su medio á otras personas que les parezcan, para ocupar con ellos los puestos inferiores. Los buenos en quienes un rey confia, le hacen conocer lo que no podria discernir por sí en los otros súbditos.

Pere ¿debe uno servirse de los malos, cuando son hábiles, como tantas veces lo he oido decir? decia Telémaco. Muchas veces, respondia Mentor, hay necesidad de servise de ellos. En una nacion agitada y donde todo es desórden, se suelen hallar personas injustas y artificiosas que gozan de autoridad; tienen empleos importantes que no se les pueden quitar; han ganado la confianza de algunos poderosos con quienes es forzoso comtemporizar; y á esos mismos

malvados se necesita tratarlos con miramiento, porque se temen, y pueden trastornarlo todo. Conviene en efecto servirse de ellos por algun tiempo, pero se debe no perder de vista el inutilizarlos poco á poco. Por lo que hace á confianza verdadera é intima, guardaos bien de que la logren jamas, porque pueden abusar de ella, sujetándoos despues á vuestro despecho con el secreto de que los hayais hecho dueños: cadena mas difícil de romper que todas las cadenas de hierro. Empleadlos en negociaciones pasajeras; tratadlos bien: obligadlos por sus mismas pasiones á que os sean fieles; pues solo de ese modo podréis contar con ellos; pero no les deis parte en vuestras deliberaciones mas secretas. Tened siempre la mano sobre un registro que les haga moverse á vuestro arbitrio, y nunca les deis la clave ni de vuestros pensamientos ni de vuestros negocios. Cuando el estado vuelva á sosegarse, esté arreglado, y le dirijan hombres sabios y rectos de quienes esteis seguro, irán poco á poco los malvados, que os veiais ántes en la necesidad de emplear, perdiendo su importancia. Entónces no será justo cesar de tratarlos bien, porque nunca es lícito ser ingrato, ni aun con los perversos; pero tratándolos bien, será menester procurar que se hagan buenos. Es necesario tolerarles ciertos defectos que se perdonan á la humanidad; sin embargo importa relevarlos poco á poco de la autoridad, y reprimir los daños que harian abiertamente, si se les dejara obrar. Sobre todo, el que se haga lo bueno por los malos es siempre un mal, y aunque muchas veces sea inevitable, debe ponerse el posible esmero en procurar poco á poco que desaparezca. Un príncipe sabio, que no quiere sino el buen órden y la justicia, llegará con el tiempo á no necesitar de hombres corrompidos y falaces; bastantes buenos encontrará que tengan capacidad suficiente.

No basta sin embargo encontrar hombres de bien en una nacion, es necesario formar otros. Eso debe ser embarazosísimo, replicó Telémaco. No tal, contestó Mentor: la aplicacion con que buscais á los hombres hábiles y virtuosos para elevarlos, escita y anima á cuantos se sienten con inteligencia y valor: todos se esfuersan. ¡ Cuántos no hay que se consumen en una ociosa oscuridad, los cuales llegarian á ser varones eminentes, si los estimularan á trabajar la emulacion y esperanza de buen éxito! ¡ Cuántos

no hay, cuya miseria los arrastra á tentar fortuna por el camino del crimen, creyendo que nada pueden conseguir por la senda de la virtud! Luego, si no dais mas que á la probidad y al talento las recompensas y los honores, ¿cuántos de vuestros súbditos no procurarán formarse para merecerlos? ¿Y cuántos no formaréis vos mismo haciéndoles subir por grados desde los empleos inferiores hasta los mas elevados? Ejercitaréis su capacidad; esperimentaréis el alcance de su inteligencia, y probaréis la sinceridad de su virtud. Los que lleguen á los puestos importantes, se habrán educado á vuestros ojos en los cargos subalternos. Habréislos seguido toda su vida paso á paso, y los juzgaréis, no por sus palabras, sino por la serie cabal de sus acciones.

En estos razonamientos se entretenian Telémaco y Mentor, cuando divisaron una nave feacense[1], fondeada en una isla pequeña, desierta y de aspecto salvaje, rodeada de rocas espantosas. Al mismo tiempo cesó el viento, y hasta parecia que los mas blandos céfiros contenian su aliento: el mar se quedó como un espejo: las velas abatidas no podian impeler el bajel, y fué necesario arribar á la isla, mas bien escollo que tierra propia para habitacion de hombres. Con otro tiempo de ménos calma hubiera sido imposible acercarse á ella sin mucho peligro.

Los Feacenses, que aguardaban el viento, no mostraban ménos impaciencia de continuar la navegacion que los Salentinos. Telémaco se dirige á ellos por entre los escarpados peñascos de la orilla, y le pregunta al primero que encuentra si no ha visto á Ulises, rey de Itaca, en casa del rey Alcinoo[2].

No era casualmente Feacense el hombre á quien se habia acercado: era un estranjero incógnito, que tenia un aspecto majestuoso, si bien triste y abatido; parecia absorto en sus pensamientos, y apénas escuchó la pregunta de Telémaco al principio; pero al fin le respondió: Ulises, no os engañais, ha sido hospedado por el rey Alcinoo, como por quien

[1] Feacense, es decir, de Corcira, hoy Corfú, isla del mar Jónico, sobre las costas del Epiro, del cual no está separada mas que por un canal de una á dos leguas.

[2] Rey de los Feacenses, el cual acogió á Ulises en su casa despues que este naufragó.

teme á Júpiter, y practica los deberes de la hospitalidad; mas ya no está en su casa, y le buscariais en ella inútilmente: ha partido para volver á Itaca, si los dioses aplacados le permiten al cabo que alguna vez pueda saludar sus dioses penates.

Apénas hubo pronunciado esas palabras con tono melancólico el estranjero, se internó precipitadamente en un bosque espeso, y subió á lo alto de una roca, desde donde contemplaba el mar, huyendo de los hombres que veia, y dando señales de la pesadumbre que aquella detencion le ocasionaba.

Tenia Telémaco los ojos clavados en él, y cuanto mas le miraba tanto mayores eran su emocion y maravilla. Ese desconocido me ha contestado, dijo á Mentor, como un hombre que apénas escucha lo que le dicen, y que está lleno de amargura. Yo compadezco á los desgraciados desde que lo soy, y siento que mi corazon, sin saber porqué, toma parte en la suerte de ese estranjero. Mal me ha acogido; apénas se ha dignado escucharme y responder; pero me es imposible dejar de desearle que acabe de padecer.

Mentor le contestó sonriéndose: Hé ahí para lo que sirven las desgracias de la vida, para hacer á los príncipes moderados y compasivos con los demas hombres. Cuando no han bebido sino en la copa venenosa de la prosperidad, se creen dioses; quieren que las montañas se allanen para satisfacer á sus caprichos; en nada tienen al género humano; de la naturaleza entera se pretenden burlar. Si oyen hablar de padecimientos, no saben lo que sean: para ellos es un sueño, porque jamas han visto la distancia del bien y del mal. Solo el infortunio puede inspirarles sentimientos de humanidad, y cambiar su corazon de piedra en corazon humano: entónces conocen que son hombres, y que deben tratar con miramiento á sus semejantes. Si un desconocido os da tanta lástima, porque anda errante, como vos, en estas rocas, ¿cuánta mas deberéis tener al pueblo de Itaca, si algun dia le veis padecer; á ese pueblo que los dioses os confiarán como un rebaño á un pastor, y que tal vez será infeliz por vuestra ambicion, vuestro fausto, ó vuestra imprudencia? porque los pueblos no padecen sino por culpa de los reyes, que deberian velar para impedir que padecieran.

Miéntras Mentor hablaba así, Telémaco estaba sumergido en la tristeza y el pesar: por último le respondio con alguno emocion: Si todo eso es verdad, la condicion de un rey es harto desdichada. Esclavo de todos los que parece señor, hanacido para ellos, á ellos se debe todo, está encargado de todas sus necesidades, es el hombre de todo el pueblo en general y en particular de cada uno. Es menester que se acomode á sus flaquezas, que los corrija como padre, que los haga buenos y dichosos. La autoridad que al parecer posee, no es suya; nada le es lícito para su gloria ni para susatisfaccion: su autoridad es la de las leyes, debiendo obedecerlas para dar ejemplo á sus súbditos. Hablando con propiedad, no es mas que el defensor de las leyes para hacer que ellas reinen, y á fin de mantenerlas necesita velar y trabajar: es el ménos libre, el ménos descansado de todo su reino: es un esclavo que sacrifica su sosiego y libertad á la libertad y felicidad públicas.

Es cierto, replicó Mentor, que el rey no es rey sino para cuidar de su pueblo como un pastor de su rebaño, ó como de su familia un padre; pero ¿teneis por desdichado á quien puede hacer bien á tantos? Si corrige á los malos con castigos, tambien alienta á los buenos con recompensas: representa á los dioses guiando así á la virtud á todo el género humano. ¿No hay bastante gloria en hacer guardar las leyes? La de sobreponerse á ellas es una gloria falsa, que solo merece horror y menosprecio. Si es un perverso, no puede en efecto dejar de ser infeliz, porque no hallará paz en sus pasiones ni en su vanidad; si es un hombre de bien, gozará del mas puro y estable de todos los placeres trabajando por la virtud, y esperando de los dioses una remuneracion eterna.

Telémaco, agitado interiormente por una desazon secreta, estaba al parecer como si no entendiera aquellas máximas, bien que se hallase nutrido de ellas y que las hubiese enseñado á los demas. Llevado del humor negro que le dominaba, se oponia por espíritu de contradiccion y sutileza á sus verdaderos sentimientos, rebatiendo las verdades que Mentor le esplicaba, y arguyéndole con la ingratitud de los hombres. ¡Cómo! decia ¡tomarse tantos afanes para granjearos el amor de los hombres que tal vez nunca os

amarán, y para hacer bien á los malvados que se valdrán de vuestros beneficios contra vos mismo!

Mentor le respondió con paciencia: Es necesario contar con la ingratitud de los hombres, sin dejar por eso de hacerles bien, debiendo servirles no tanto por ellos como por el amor de los dioses que así lo mandan. Nunca se pierde el bien que se hace: si los hombres le olvidan, los dioses se acuerdan de él y le recompensan. Ademas, si es la multitud ingrata, siempre hay hombres virtuosos que agradecen vuestra virtud. La multitud misma, aunque mudable y caprichosa, no deja tarde ó temprano de hacer justicia á su manera al verdadero mérito.

Con todo ¿quereis evitar la ingratitud? no trabajeis únicamente para hacer al hombre poderoso, rico, temible en las armas, feliz con los deleites: esa gloria, esa abundancia, esos placeres, le corromperán: será así mas perverso, y por consecuencia mas ingrato; porque le ofreceis un don funesto, un regalado tósigo. Trabajad, sí, en reformar las costumbres, en inspirar ideas y sentimientos de justicia, de sinceridad, de temor á los dioses, de humanidad, de moderacion, de desprendimiento, de fidelidad; haciendo buenos á los hombres, impediréis que sean desagradecidos, y les proporcionaréis el verdadero bien, que es la virtud, la cual, siendo como debe ser, los unirá siempre á quien la habrá infundido en sus corazones. De ese modo, dándoles verdaderos bienes, sacaréis provecho vos mismo de vuestra obra, y no tendréis que temer su ingratitud. ¿Debe estrañarse que los hombres sean ingratos con príncipes que no los han acostumbrado mas que á la injusticia, á la ambicion sin límites, á la envidia de sus vecinos, á la inhumanidad, á la soberbia y á la mala fe? El príncipe debe esperar de ellos lo que les ha enseñado. Si al contrario con su ejemplo y su autoridad trabajara para hacerlos buenos, en las virtudes que les inspirase encontraria el fruto de su trabajo; ó á lo ménos su propia virtud y el amor de los dioses le servirian de consuelo en sus equivocaciones.

Acabado apénas este discurso, Telémaco se adelantó premurosamente hácia los Feacenses cuya nave estaba detenida en la orilla. Dirigióse á un anciano que habia entre ellos, y le preguntó de donde venian, adonde iban, y si no habian visto á Ulises. El anciano le respondió: Venimos

de nuestra isla, que es la de los Feacenses, y vamos á Epiro á buscar mercaderías. Ulises, como ya os lo han dicho, ha pasado por nuestra patria, pero ha salido de ella.

¿Quien es, añadió Telémaco immédiatamente, ese hombre tan triste, que busca los lugares mas desiertos, aguardando á que parta vuestra nave? Es un estranjero, replicó el anciano, á quien no conocemos; pero dicen que se llama Cleomenes, que ha nacido en Frigia, y que un oráculo habia vaticinado á su madre, ántes de su nacimiento, que seria rey, con tal que no permaneciera en su patria, porque si permanecia en ella, los dioses harian sentir su cólera á los Frigios con una peste cruel. Luego que nació, sus padres le entregaron á unos marineros que le llevaron á Lesbos[1]. Allí fué criado secretamente á espensas de su patria, que tanto interes tenia en que estuviese léjos. Creció pronto, y se hizo robusto, agradable y diestro en todos los ejercicios corporales, siendo iguales los adelantos que señalaron su gusto é ingenio en las ciencias y las bellas artes. Pero en ninguna parte le pudieron tolerar: la prediccion de su destino llegó á ser famosa, y por donde quiera que iba, se le reconocia al instante: todos los reyes temian que les arrebatara la diadema. Así va errante desde su juventud, y no puede encontrar en el mundo un punto en donde le sea permitido detenerse. Ha estado en muchos paises apartadísimos del suyo; pero apénas ha llegado á cualquiera pueblo, cuando se ha descubierto su nacimiento y el oráculo que le acompaña. Por mas que se esconda, y que en cada pueblo se entregue á un género de vida oscuro, su inteligencia, segun dicen, brilla siempre á pesar suyo ya para la guerra, ya para las letras, ya para los negocios mas importantes: siempre se ofrece en cada pais una ocasion imprevista que le arrastra y le hace conocer del público. Su mérito forma su desgracia, porque le hace temer y le escluye de todos los paises en que quiere habitar. Su destino es ser estimado, querido, admirado en todas partes, pero de todas desterrado. Ya no es jóven, y sin embargo

[1] Lesbos, hoy Metelin, es una isla del Archipiélago á dos leguas de la costa de la Natolia, entre Esmirna y el estrecho de Galipoli.

toda vía no ha podido encontrar, ni en Asia ni en Grecia, una costa en donde le hayan consentido vivir con sosiego. Parece hombre sin ambicion, y no busca la fortuna, porque se alegrario de que jamas le hubiese prometido el oráculo la dignidad real. Ninguna esperanza le queda de ver su patria, sabiendo que no le llevaria sino el luto y las lágrimas de todas las familias. La corona, que de tantus padecimientos le ha sido causa, no le parece de desear, y corre en pos de ella, contra su voluntad, de reino en reino, miéntras ella le huye como para burlarse del infeliz hasta su vejez: ¡funesto don de los dioses que turba todos su dias mejores, y que no le procurará sino fatigas en la edad en que el hombre acabado no necesita mas que descanso! Dice que va á la Tracia á buscar algun pueblo salvaje y sin leyes, que pueda reunir, civilizar y gobernar durante un corto espacio de años, y que entónces, cumplido el oráculo y no teniendo por que temerle en los otros reinos mas florecientes, se propone retirarse á una aldea de la Caria, en donde se entregará á la agricultura, que ama con pasion. Es hombre sabio y moderado, teme á los dioses, conoce bien á los hombres, y sabe, sin estimarlos, vivir con ellos en paz. Eso es lo que se cuenta del estranjero por quien me habéis preguntado.

Durante la conversacion, volvia Telémaco la vista muchas veces hácia el mar, que empezaba á agitarse. El viento levantaba las olas que se iban á estrellar en las rocas, blanqueándolas con su espuma. En aquel momento dijo el anciano á Telémaco: Es menester que parta; mis compañeros no pueden aguardarme. Dichas estas palabras, corrió á la orilla: todos se embarcan; no se oye mas que la confusa gritería de los marineros, que arden con la impaciencia de darse á la vela.

El desconocido, llamado Cleomenes, habia corrido algun tiempo por lo interior de la isla, subiendo á la punta de todos los peñascos, y contemplando desde allí el inmenso espacio de los mares con profunda tristeza. Telémaco, que no le perdia de vista, no habia cesado de observar sus pasos. Su corazon se enternecia en favor de un hombre virtuoso, errante, desgraciado, destinado á las cosas mas altas, y juguete al mismo tiempo de una fortuna rigorosa, léjos de su pais. A lo ménos, decia entre sí yo veré tal

vez á Itaca; pero ese Cleomenes jamas podrá volver á Frigia. El ejemplo de otro mas infeliz aun que él mitigaba su pena. Por último aquel estranjero, viendo la nave dispuesta, habia bajado de las rocas escarpadas con la prontitud y agilidad que Apolo, cuando en los bosques de Licia, ondeándose la rubia cabellera, atraviesa los precipicios para herir con sus flechas los ciervos y los jabalíes. Ya está el desconocido en el bajel, que corta las amargas olas y se aleja de la tierra.

Apodérase entónces del corazon de Telémaco una sensacion misteriosa de dolor; se aflige sin saber la causa; le caen las lágrimas de los ojos, y nada le consuela como llorar. Al mismo tiempo repara en los marineros de Salento, que estan en la orilla acostados sobre la yerba, y todos duermen profundamente. El cansancio y abatimiento los habian sumido en un dulce sueño, habiendo derramado el poder de Minerva todas las húmedas adormideras de la noche sobre sus miembros en medio del dia. Telémaco se queda atónito al ver el letargo universal de los Salentinos, cuando los Feacenses han estado tan atentos y diligentes para aprovecharse del viento favorable; pero todavía le llama mas la atencion la nave feacense que va á desaparecer entre las olas, que el ir á despertar á los Salentinos: encadena sus ojos con sorpresa y turbacion secreta aquel navío ya lejano, cuyas velas apénas alcanza á distinguir por lo poco que blanquean en lo azulado de las aguas. No escucha á Mentor que le habla, y está fuera de sí en un arrobamiento parecido al de las Ménades[1], cuando tienen en la mano el tirso, y hacen resonar con sus gritos estravagantes las orillas del Hebro[2], y las montañas de Ródope y de Ismara[3].

Al cabo vuelve un poco de aquella especie de encantamiento, y rompe en llanto. Mentor le dice entónces: No me estraña, querido Telémaco, veros llorar: la causa de vuestro dolor, desconocida para vos, no es desconocida para Mentor: la naturaleza habla y se hace sentir, enterneciendo así vuestro corazon. El estranjero que os ha producido

[1] Las Ménades ó Bacantes eran las sacerdotisas de Baco.
[2] Rio de la Tracia, hoy llamado Mariza.
[3] Montes tambien de la Tracia.

tan viva emocion, es el grande Ulises: lo que un viejo feacense os ha contado de él, dándole el nombre de Cleomenes, no no es sino ficcion, inventada para mejor ocultar la vuelta de vuestro padre á su reino. De aquí va derecho á Itaca; ya está cerca del puerto, y ve al fin los lugares tanto tiempo deseados. Vuestros ojos le han visto, como os lo habian presagiado, pero sin conocerle: pronto le veréis, y os reconoceréis uno á otro, no pudiendo permitir los dioses ese reconocimiento fuera de Itaca. No se ha conmovido su corazon ménos que el vuestro; mas es demasiado prudente para descubrirse á mortal alguno, en un lugar en que podria esponerse á las traiciones é insultos de los amantes de Penélope. Ulises, vuestro padre, es el mas sabio de los hombres; su corazon es como un pozo profundo, de donde seria imposible sacar un secreto. Aunque ama la verdad, y jamas dice cosa alguna que la lastime, no la revela sino por necesidad: porque la prudencia le tiene los labios cerrados, como un sello, para toda palabra inútil. ¡Cuán conmovido ha estado miéntras os hablaba! ¡cuánta violencia le ha costado el no descubrirse! ¡cuánto ha padecido al veros! Ese era el motivo de su tristeza y abatimiento.

Miéntras hablaba así Mentor, Telémaco enternecido y turbado no podia contener un torrente de lágrimas; los sollozos le impidieron mucho tiempo responder; hasta que al fin esclamó: ¡Ay! mi querido Mentor, bien sentia yo que habia en ese desconocido algo que me llevaba hácia él, y me conmovia las entrañas. Mas ¿porqué no me habeis dicho que era Ulises, ántes de que partiera, supuesto que le conociais? ¿Porqué le habeis dejado partir sin hablarle ni manifestar que le conociais? ¿Qué misterio es este? ¿He de ser yo siempre infeliz? ¿Quieren los dioses irritados tenerme como á Tántalo sediento, que el agua engañosa burla, huyendo de sus ávidos labios? ¡Ulises! ¡Ulises! ¿os he perdido para siempre? ¡Quizas no volveré á verle! ¡Acaso los amantes de Penélope le harán caer en las asechanzas que á mí me preparaban! A lo ménos, si yo le siguiera, moriria con él. ¡O Ulises! ¡ó Ulises! si la tempestad no os echa todavía sobre algun escollo (que todo lo temo de la fortuna enemiga), tiemblo de miedo no sea que llegueis á Itaca

con tan funesta suerte como Agamenon[1] á Micenas. Pero, querido Mentor, ¿porqué me habeis envidiado mi felicidad? Ahora le abrazaria; ya estaria con él en el puerto de Itaca; los dos pelearíamos para vencer á todos nuestros enemigos.

Mentor le contestó sonriéndose: Ved, mi querido Telémaco, lo que es la condicion del hombre: porque habeis visto á vuestro padre sin conocerle, os abandonais al mayor desconsuelo. ¡Cuánto no hubierais dado ayer por estar seguro de que no habia muerto! ¡Hoy lo estais por vuestros mismos ojos, y esa seguridad, que deberia colmaros de júbilo, os deja en la amargura! Así siempre cuenta por nada el corazon enfermo de los mortales lo que mas ha deseado, desde que lo posee, sobrándole el ingenio para atormentarse por lo que todavía no ha logrado.

Los dioses os mantienen suspenso de esa manera, á fin de ejercitar vuestra paciencia. Paréceos este tiempo perdido; sabed que es el mejor aprovechado de vuestra vida, porque os ejercita en la mas necesaria de todas las virtudes para los que estan destinados á mandar. Es menester ser paciente, para hacerse dueño de sí y de los otros: la impaciencia, que se cree fuerza y vigor de alma, no es mas que debilidad é impotencia para soportar la pena. El que no sabe aguardar y sufrir, es como el que no sabe callar un secreto: uno y otro carecen de firmeza para contenerse, como un hombre que corre en un carro, y no tiene bastante fuerza en la mano para sujetar á tiempo sus fogosos caballos, los cuales, no obedeciendo al freno, se precipitan, y disparados derriban y hacen pedazos al hombre débil á quien se le escapan. Así arrrastran al impaciente sus indómitos y feroces deseos á un abismo de infortunios: cuanto mayor es su poderío, tanto mas funesta le es la impaciencia; nada aguarda, para nada se toma el tiempo de calcular; todo lo violenta para satisfacerse; desgaja las ramas para coger el fruto ántes de que esté maduro; rompe las puertas por no esperar á que se las abran: quiere segar

[1] Agamenon, rey de Micenas, habiendo vuelto de la guerra de Troya cargado de laureles, fué asesinado en su casa por Egisto, ayudado de Clitemnestra, su propia mujer, que le habia deshonrado durante su ausencia.

cuando el prudente labrador siembra: cuanto hace de priesa y fuera de sazon, le sale mal, y no puede durar mas tiempo que sus volubles deseos. Tales con los insensatos proyectos de quien cree que todo le es posible, y que, entregándose á sus deseos impacientes, abusa de su poder. Para enseñaros á tener paciencia, mi querido Telémaco, os ejercitan en ella los dioses, que al parecer juegan con vos en la vida errante en que os hacen estar siempre incierto. Lo que anhelais, se os presenta y huye como un sueño lijero que al despertar se desvanece, á fin de que sepais que las mismas cosas que se creen seguras en las manos, se escapan en el momento. Las lecciones mas sabias de Ulises o os hubieran aprovechado tanto como os aprovecharán su usencia y los trabajos que pasais buscándole.

En seguida quiso Mentor hacer la última prueba y la mas fuerte con la paciencia de Telémaco. Al instante que el jóven iba á escitar con ardor á los marineros para acelerar la partida, Mentor le detuvo de improviso, y le propuso el hacer en la orilla del mar un sacrificio á Minerva. Telémaco se presta con docilidad á lo que Mentor quiere. Se erigen dos altares de césped; humea el incienso; corre la sangre de las víctimas. Telémaco dirige al cielo tiernos suspiros, y reconoce la poderosa proteccion de la diosa.

No bien se acabó el sacrificio, cuando siguió á Mentor por las sendas sombrías de un cercano bosquecillo. Allí advierte de repente que el rostro de su amigo toma una forma nueva: las arrugas de la frente se desvanecen como las sombras, cuando la Aurora con sus dedos de rosa abre las puertas del oriente, é inflama todo el horizonte; los ojos cóncavos y austeros se mudan en ojos azules de una celestial dulzura, y llenos de fuego divino; la cana y desaliña da barba desaparece; y se muestran á la vista de Telémaco deslumbrado unas faciones nobles y altivas con mezcla de suavidad y de gracia. Reconoce el semblante de una mujer con una tez mas tersa que una flor delicada recien abierta al sol; vese la blancura de la azucena y el carmin de las nacientes rosas. En ese rostro brilla una juventud eterna con una majestad simple y natural: sus cabellos sueltos esparcen la fragancia de la ambrosía, y sus traje resplandece como los vivos colores con que el sol, al salir, pinta las opacas bóvedas del cielo y las nubes que llega á dorar.

La deidad no toca la tierra con el pié; deslízase lijeramente por el aire como una ave le hiende con sus alas: tiene en la poderosa mano una lanza brillante, capaz de hacer temblar á las ciudades y naciones mas belicosas, y que al mismo Marte causaria espanto: su voz es dulce y apacible, pero sonora y penetrante; todas sus palabras son dardos de fuego que se clavan en el corazon de Telémaco, haciéndole sentir no sé qué dolor delicioso: encima del casco lleva el ave melancólica de Atenas [1], y en el pecho le brilla la formidable egida. A estas señales reconoce Telémaco á Minerva.

¡O diosa! esclama, ¡con que sois vos misma la que os habeis dignado guiar al hijo de Ulises por el amor de su padre!..... Queria proseguir, pero le faltó la voz, esforzándose en vano á pronunciar con los labios los pensamientos que le salian con impetuosidad de lo íntimo del alma: la divinidad que miraba, le confundia, y se hallaba como quien se siente oprimido de un sueño hasta perder la respiracion, y con la agitacion penosa de los labios no puede articular una palabra.

Al fin Minerva le habló así. Hijo de Ulises, escuchadme por última vez. Yo no he instruido á mortal alguno con el esmero que á vos; os he llevado de la mano por medio de naufragios, regiones desconocidas, guerras sangrientas, y cuantos males pueden probar el corazon del hombre. Os he mostrado con esperiencias sensibles los verdaderos y los falsos principios para reinar. Vuestras faltas no os han sido ménos útiles que vuestros infortunios; porque ¿cuál es el que puede gobernar sabiamente, sin haber padecido jamas, ni haberse aprovechado nunca de las desgracias en que sus faltas le han precipitado?

Habeis llenado, como vuestro padre, las tierras y los mares de vuestras tristes aventuras. Id, ahora sois digno de seguir sus huellas. No os queda mas que una corta y fácil travesía hasta Itaca, adonde arriba en este instante: ayudadle á combatir, y obedecedle como el menor de sus súbditos, para dar ejemplo á los demas. Ulises os dará por

[1] El ave melancólica de Atenas es el buho, cuyo vuelo miraban los Atenienses como presagio de la victoria, porque esta ave estaba consagrada á Minerva.

esposa á Antiope, con la cual seréis dichoso por haber buscado ménos la hermosura que el recato y la virtud. Cuando reineis, poned toda vuestra gloria en procurar que renazca el siglo de oro: oid á todos; creed á pocos; guardaos de confiar demasiado en vos mismo; temed engañaros; pero nunca temais hacer ver á los otros que habeis sido engañado.

Amad á los pueblos, sin olvidar cosa alguna de cuanto pueda hacer que ellos os amen. El temor es necesario, cuando el amor falta; pero es menester emplearle siempre con pesar, como los remedios violentos y peligrosos.

Antes de acometer cualquiera empresa, considerad siempre de antemano todas las resultas; preveed los mas terribles inconvenientes, y tened entendido que el verdadero valor consiste en conocer bien todos los peligros, y en despreciarlos cuando son inevitables. El que no quiere mirarlos, no tiene bastante valor para soportar su vista con serenidad: el que los ve todos, evita los que se pueden evitar, y arrostra los demas sin conmoverse, es el único que merece ser tenido por varon prudente y magnánimo.

Huid de la molicie, del fausto, de la profusion: gloriaos de la sencillez: que vuestras virtudes y buenas acciones sean los ornamentos de vuestra persona y de vuestro palacio: que sean las guardias que os rodeen; y que de vos aprendan todos en lo que consiste el verdadero honor.

Nunca olvideis que los reyes no reinan para su propia gloria, sino para bien de sus pueblos. El bien que hacen se estiende hasta los siglos mas remotos; el mal que hacen se propaga de generacion en generacion hasta la mas lejana posteridad. Un mal reinado suele ser causa de la calamidad de muchos siglos.

Sobre todo tened cuenta con vuestro honor, que es enemigo que llevaréis con vos por todas partes hasta la muerte; penetrará en vuestros consejos, y os hará traicion, si le escuchais. Ese defecto hace perder las ocasionese mas importantes; inspira inclinaciones y aversiones pueriles en perjuicio de los mayores intereses; obliga á decidir las negocios mas graves por razones mezquinas; ofusca la inteligencia, mengua el valor, y vuelve al hombre desigual, débil, bajo é insoportable. Desconfiad de semejante enemigo.